

Luna llena

Jim Butcher

Traducción:  
Olga Marín Sierra



## Libros publicados de Jim Butcher

### **HARRY DRESDEN**

1. Tormenta
2. Luna llena
3. La tumba
4. El caballero
5. Máscaras de muerte
6. Derecho de sangre
7. Latidos mortales
8. Culpable

Próximamente:

9. *White Night*

Título original: *Fool Moon*

Primera edición: septiembre de 2007

Segunda edición: febrero de 2012

© 2001, Jim Butcher

Ilustración de cubierta: Chris McGrath

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2012, La Factoría de Ideas. C/ Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».  
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)

[www.lafactoriadeideas.es](http://www.lafactoriadeideas.es)

ISBN: 978-84-9800-818-0 Depósito legal: XXXXXXXXXX

Impreso por XXXXXXXXXX

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 2

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas», C/ Pico Mulhacén, 24, Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a **[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)**, que indique claramente:

**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

No solía estar muy atento a las fases de la luna. Así que cuando una mujer joven se sentó frente a mí en el bar McAnally y me pidió que le explicase todo lo que sabía sobre algo que podía llegar a matarla, no tenía ni idea de que la noche siguiente habría luna llena.

—No —le respondí—. Ni hablar.

Doblé el trozo de papel, en el que había dibujados tres círculos concéntricos con unos símbolos de trazos delgados, y se lo devolví deslizándolo por encima de la mesa de roble pulido.

Kim Delaney frunció el ceño y se apartó un mechón de cabello negro y brillante de la frente. Era una mujer alta, encantadora y rolliza como las mujeres de antaño, de piel blanca y hermosa, y mejillas redondas acostumbradas a sonreír. Ahora no sonreía.

—Oh, vamos, Harry —me dijo—. Eres el único mago profesional de Chicago, y el único que puede ayudarme. —Se inclinó hacia mí por encima de la mesa y me miró atentamente—. No puedo encontrar las referencias de todos estos símbolos. En los círculos locales tampoco los reconocen. Eres el único mago que conozco. Solo quiero saber qué significan.

—No —repetí—. Es mejor que no lo sepas. Es mejor que te olvides de este círculo y te concentres en otra cosa.

—Pero...

Mac me hizo un gesto con la mano desde detrás de la barra y puso un par de platos de comida caliente sobre la superficie pulida de la torcida barra. Añadió una par de botellas de su cerveza negra casera, y se me empezó a hacer la boca agua.

Mi estómago hizo un ruido embarazoso. Estaba casi tan vacío como mi cartera. No habría podido cenar aquella noche de no haber sido porque Kim me invitó, a condición de que le hablase de un tema durante la cena. Un bistec era menos que mi tarifa habitual, pero Kim era una compañía agradable, además de mi aprendiz ocasional. Sabía que no tenía mucho dinero, pero yo tenía menos aún.

A pesar de que el estómago me hacía ruidos, no me levanté de inmediato a buscar la comida. (Y en el bar-restaurant McAnally no había camareros. Según Mac: «si no puedes levantarte a recoger tu propia comida, no mereces estar allí».) Miré la sala durante un momento, con su molesta combinación de techos bajos y ventiladores perezosos, sus trece columnas de madera tallada y sus trece ventanas, además de trece mesas colocadas al azar para disipar los efectos mágicos residuales que a veces rodean a los magos hambrientos (o, dicho de otro modo, enfadados). McAnally era un refugio en una ciudad donde nadie creía en la magia. Mucha gente del ramo comía allí.

—Mira, Harry —dijo Kim—. Te prometo que no usaré esto para nada serio. No intentaré invocar ni cazar espíritus. Solo tengo un interés académico. Algo a lo que le vengo dando vueltas desde hace algún tiempo.

Se inclinó hacia delante y puso su mano sobre la mía, mirándome a la cara, pero sin mirarme a los ojos, un truco que solo dominaban unos pocos no practicantes del «Arte». Sonrió de oreja a oreja y me enseñó los hoyuelos de sus mejillas.

Mi estómago volvió a gruñir. Eché un vistazo a la comida que me estaba esperando en la barra.

—¿Estás segura? —le pregunté—. ¿Solo te pica la curiosidad? ¿No vas a usarlo para nada?

—Te lo juro —aseguró.

Fruncí el ceño.

—No sé...

Se rió de mí.

—¡Oh, vamos, Harry! No es para tanto. Mira, si no quieres decírmelo, no importa. De todos modos, te invito a cenar. Sé que últimamente vas mal de dinero. Desde lo que pasó en primavera.

Volví a fruncir el ceño, pero no iba dirigido a Kim. No era culpa suya que hiciera más de un mes que mi principal clienta, Karrin Murphy, directora de Investigaciones Especiales del Departamento de Policía de Chicago, no me llamara. La mayor parte de mis ingresos de los últimos

años procedía de mi trabajo como asesor especial de IE, pero tras el follón de la pasada primavera, en el que estuvo implicado un mago oscuro que incitó una guerra entre bandas para controlar el tráfico de drogas de Chicago, el trabajo había ido disminuyendo poco a poco, y con él mis ingresos.

No sabía por qué Murphy no me llamaba tan a menudo. Tenía mis sospechas, pero aún no había tenido ocasión de contrastarlas con ella. Quizá no fuese por algo que yo había hecho. Tal vez los monstruos se habían declarado en huelga. Sí, claro.

La cuestión es que no tenía un centavo. Llevaba demasiadas semanas comiendo sopa de fideos chinos. Los bistecs que Mac había preparado olían de maravilla, incluso desde la otra punta del bar. Mi estómago volvió a protestar. Tenía un ansia neolítica de carne chamuscada.

Pero no podía ponerme a cenar sin darle a Kim la información que quería. No es que nunca haya roto un trato, pero no con un humano, y menos aún con alguien que me admiraba.

A veces odio tener conciencia, y un estúpido sentido del honor.

—De acuerdo, de acuerdo —suspiré—. Déjame cenar y te diré lo que sé.

En las redondas mejillas de Kim se volvieron a formar hoyuelos.

—Gracias, Harry. Significa mucho para mí.

—Vale, vale —le dije. Me levanté y me dirigí a la barra a través de las columnas y las mesas y todo lo demás. Aquella noche McAnally estaba más lleno de lo habitual, y aunque Mac rara vez sonreía, se le veía contento de tener tanta gente. Agarré los platos y las botellas con una actitud algo malhumorada. Es difícil alegrarse de la prosperidad de un amigo cuando tu propio negocio está a punto de hacer aguas.

Me llevé los bistecs, las patatas y las judías verdes a la mesa y volví a sentarme. Comimos durante un rato, yo sumido en un hosco silencio y ella con buen apetito.

—Bueno —dijo Kim finalmente—. ¿Qué puedes decirme? —Señaló el trozo de papel con el tenedor.

Tragué la comida, tomé un sorbo de cerveza negra y volví a coger el papel.

—De acuerdo. Es un dibujo de Magia Avanzada. En realidad son tres, uno dentro del otro, como si fueran paredes estratificadas. ¿Recuerdas lo que te dije sobre los círculos mágicos?

Kim asintió.

—Sirven para encerrar o defenderse de las energías mágicas y las criaturas del Más Allá, pero las criaturas mortales pueden cruzarlos y romperlos.

—Exacto—confirmé—. Este círculo exterior es precisamente eso. Una barrera contra las criaturas de espíritu y las fuerzas mágicas. Estos símbolos de aquí, este y ese son los más importantes. Señalé los garabatos en cuestión.

Kim asintió con entusiasmo.

—Vale, ya entiendo el círculo exterior. ¿Qué es el siguiente?

—El segundo círculo es una barrera encantada contra la carne mortal. No funcionaría si solo usases un círculo de símbolos. Necesitas algo más, como piedras o gemas o algo así, espaciadas entre los dibujos.

Comí otro trozo de carne. Kim miró el papel y frunció el ceño.

—¿Y entonces qué pasaría?

—Se formaría una pared invisible—respondí—. Los espíritus y la magia podrían atravesarla, pero la carne mortal no. Ni tampoco una piedra, ni las balas, nada puramente físico.

—Ya veo—dijo emocionada—. Como un campo de magnético.

Asentí con la cabeza.

—Algo así.

Tenía las mejillas encendidas de entusiasmo y le brillaban los ojos.

—Lo sabía. ¿Y qué es este último?

Miré de reojo el círculo interior de símbolos.

—Un error.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que solo es un galimatías. No significa nada útil. ¿Estás segura de que lo copiaste correctamente?

Kim hizo una mueca.

—Claro que estoy segura. Fui con cuidado.

Estudí su cara durante un momento.

—Si he leído los símbolos correctamente, se trata de una tercera pared, construida para encerrar a criaturas de carne y espíritu. Ni mortales ni espíritus, sino algo intermedio.

Frunció el ceño.

—¿Qué clase de criaturas son esas?

Me encogí de hombros.

—Ninguna—dije, y oficialmente era cierto. El Consejo Blanco de magos no permitía que se hablase de los demonios que pueden ser

invocados a la tierra, seres de espíritu que pueden acumular carne para sí mismos. Habitualmente, un círculo de captura de espíritus bastaba para detener a todos los demonios o Antiguos de los confines del Más Allá, incluso a los más poderosos. Pero aquel tercer círculo se había construido para encerrar a «cosas» que podían traspasar esos límites. Era una jaula para semidioses y arcángeles demoníacos.

Kim no se creía mi respuesta.

—No entiendo por qué alguien haría un círculo que no sirve para encerrar nada, Harry.

Me encogí de hombros.

—Las personas no siempre hacen cosas sensatas y lógicas. Son así.

Puso los ojos en blanco.

—Vamos, Harry. No soy una niña. No es necesario que me protejas.

—Y tú no es necesario que sepas para qué fue construido este tercer círculo. Es mejor que no lo sepas. Créeme.

Me miró ceñuda durante un buen rato, después bebió un poco de cerveza y se encogió de hombros.

—De acuerdo. Alguien tiene que autorizar los círculos, ¿verdad? Tienes que saber cómo encenderlos, como las luces.

—Sí, algo así.

—¿Cómo se encendería este?

La miré fijamente durante mucho rato.

—¿Harry? —preguntó.

—Tampoco es necesario que sepas eso si solo tienes un interés académico. No sé en qué estás pensando, Kim, pero olvídalo. Déjalo antes de que te hagan daño.

—Harry, no soy...

—No sigas —la interrumpí—. Estás sentada dentro de la jaula del tigre, Kim. —Aporreé el papel con el dedo para recalcar mis palabras—. Y no necesitarías esta información si no estuvieses planeando meter a un tigre dentro.

Le brillaban los ojos, y levantó la barbilla.

—Crees que no soy lo bastante fuerte.

—Tu fuerza no tiene nada que ver con esto —le respondí—. No tienes ni la formación ni los conocimientos necesarios. Es como si le pidiera a un niño de primaria que resolviese un problema de matemáticas de secundaria. Tampoco espero que tú lo hagas. —Me incliné hacia delante—. Aún no sabes lo bastante como para ponerte a jugar con esta clase de

cosas, Kim. Y aunque lo supieses, aunque consiguieses convertirme en una maga hecha y derecha, te diría que no lo hicieras. Si te equivocaras, mucha gente saldría herida.

—Si estuviese planeando hacer algo, Harry, sería asunto mío. No tienes derecho a elegir por mí.

La cólera ardía en sus ojos.

—No —le respondí—. Pero soy responsable de ayudarte a hacer la elección correcta. —Me enrosqué el papel en los dedos y lo estrujé, después lo lancé al suelo. Clavó el tenedor en un trozo de bistec con gesto violento y despiadado—. Mira, Kim. Espera un tiempo. Cuando seas más mayor, cuando hayas tenido más experiencia...

—Tú no eres mucho mayor que yo —interrumpió Kim.

Me revolví en mi asiento.

—He tenido mucha formación. Y comencé joven.

No quería hablar de mi talento para la magia, muy superior a mi edad y educación. Así que intenté cambiar de conversación.

—¿Cómo va la recaudación de fondos?

—No va —respondió. Se recostó en su asiento, desanimada—. Estoy harta de pedir dinero a la gente para salvar el planeta que están envenenando o los animales que están matando. Estoy cansada de escribir cartas y de ir a manifestaciones de causas en las que ya nadie cree. —Se restregó los ojos—. Estoy cansada.

—Oye, Kim. Intenta descansar. Y por favor te lo pido, no juegues con ese círculo. Prométemelo.

Sacudió su servilleta, dejó unos billetes en la mesa y se levantó.

—Que te siente bien la comida, Harry —dijo—. Y de nada, oye.

Yo también me levanté.

—Kim, espera un segundo.

Pero me ignoró y se dirigió airadamente hacia la puerta. Su falda y su largo cabello se movían al caminar. Tenía un cuerpo impresionante, escultural. Estaba furiosa, hirviendo en cólera. Uno de los ventiladores del techo se estremeció a su paso, dejó salir una bocanada de humo y luego se paró. Kim subió corriendo el corto tramo de escaleras y salió del bar dando un portazo. La gente se la quedó mirando, después me lanzaron una mirada inquisidora.

Volví a sentarme, frustrado. Maldita sea. Kim era una de las personas a las que había guiado durante el difícil período que atravesé al descubrir su talento innato para la magia. Me sentía como una mierda por haberle



ocultado información, pero había estado jugando con fuego. No podía permitírselo. Era responsable de protegerla de aquellas cosas, hasta que supiese lo bastante para entender lo peligrosas que eran.

Por no hablar de lo que pensaría el Consejo Blanco si se enteraba de que un no mago había estado jugando con círculos de invocación. El Consejo Blanco no se arriesgaba con esas cosas. Actuaban con decisión, y no siempre les preocupaba la vida y la seguridad de la gente.

Había tomado la decisión correcta al ocultarle aquella información. La estaba protegiendo de un peligro que ella no podía entender.

Había hecho lo correcto, aunque ella hubiese confiado en mí para que le diese las respuestas, como había hecho en el pasado, cuando le enseñé a contener y controlar su modesto talento para la magia. Aunque hubiese confiado en mí para que le enseñase las respuestas que necesitaba, para que fuese su guía en la oscuridad.

Había hecho lo correcto.

¡Maldita sea!

Me dolía el estómago. Ya no quería seguir comiendo la deliciosa comida de Mac, aunque fuese un bistec. Sentí que no me la había ganado.

Estaba bebiendo cerveza y pensando en cosas tristes cuando la puerta volvió a abrirse. No alcé la vista, pues estaba ocupado practicando un famoso pasatiempo de magos: «comerse el coco». Y entonces una sombra me cubrió.

—Haciendo pucheros ¿eh? —dijo Murphy—. Se inclinó, recogió distraídamente la bola de papel que yo había tirado antes al suelo y se la guardó en el bolsillo del abrigo en lugar de dejarla por ahí tirada—. No es propio de ti, Harry.

Alcé la vista. No tuve que levantarla mucho, pues Karrin Murphy no medía más de un metro cincuenta. Tenía el pelo rubio y se lo había cortado muy por encima de los hombros, un poco más largo por delante que por detrás. Era un estilo punk que realzaba el atractivo de sus ojos azules y su nariz respingona. Iba vestida con ropa informal adecuada a la época del año: vaqueros oscuros, una camisa de franela, botas de excursionismo y una gruesa chaqueta de leñador. Llevaba la placa en el cinturón.

Murphy era una mujer muy mona que había ganado varios premios de tiro en el Departamento de Policía de Chicago y era cinturón negro en aikido. También era una gran profesional que había luchado con uñas y dientes para conseguir que la ascendieran a teniente. Se había creado

enemigos en el camino, y uno de ellos se encargó de que, poco después, la pusieran al frente de Investigaciones Especiales.

—Hola, Murphy —le dije. Tomé un trago de cerveza—. Cuánto tiempo.

Intenté mantener la calma, pero estoy seguro de que notó mi enfado.

—Oye, Harry...

—¿Leíste el artículo del *Tribune*? El que te criticaba por haber gastado el dinero de la ciudad en contratar a un «vidente embaucador llamado Harry Dresden». Supongo que sí, puesto que desde entonces no he tenido noticias tuyas.

Se frotó la punta de la nariz.

—No tengo tiempo para esto.

La ignoré.

—No te echo la culpa. Quiero decir que la mayoría de los contribuyentes de Chicago no creen en la magia, ni en los magos. Por supuesto, ellos no han visto lo que tú y yo hemos visto. Ya sabes. Cuando trabajábamos juntos. O cuando te salvé la vida.

Entrecerró los ojos.

—Te necesito. Tenemos un caso.

—¿Me necesitas? ¿Hace más de un mes que no hablamos y de repente me necesitas? Tengo una oficina y un teléfono y todo lo demás, teniente. No es necesario que vengas a buscarme mientras estoy cenando.

—Le diré al asesino que la próxima vez trabaje en horas de oficina —dijo Murphy—. Pero necesito que me ayudes a encontrarlo.

Me enderecé y ceñudo dije.

—¿Ha habido un asesinato? ¿Algo de mi competencia?

Murphy esbozó una sonrisa forzada.

—Espero que no tengas asuntos más importantes que atender.

Sentí que tensaba la mandíbula.

—No. Estoy listo.

Me levanté.

—Muy bien. ¿Nos vamos? —dijo. Luego, dio media vuelta y salió.

Murphy se negó a ir en el Escarabajo azul, mi viejo Volkswagen.

En realidad, el Escarabajo ya no era tan azul. Una de las puertas era verde y la otra blanca. Había tenido que cambiarlas cuando una cosa con garras hizo trizas las originales. Un incendio había hecho saltar el capó y Mike, mi mecánico, lo había cambiado por otro rojo. Lo importante es que el Escarabajo funciona, aunque no corra mucho, y me siento cómodo con él. Mike ha dicho que el Escarabajo Volkswagen es el coche más fácil de reparar, por eso lo conduzco. Funciona ocho o nueve días de cada diez. Es fantástico.

La tecnología y los magos no hacen buenas migas: dale a un interruptor y, justo en ese momento, la bombilla se funde. Pasa con el coche por delante de una farola y, justo en ese instante, esta elige parpadear y apagarse. Todo lo que pueda ir mal, irá mal, automóviles incluidos.

Pensé que no tenía mucho sentido que Murphy arriesgara su vehículo cuando podíamos coger el mío, pero dijo que prefería arriesgarse.

Condujo su Saturn en silencio mientras atravesábamos la JFK en dirección a Rosemont. La miré, incómodo. Tenía prisa, estaba siendo demasiado imprudente al adelantar peligrosamente a otros coches, así que me puse el cinturón. Al menos no íbamos en su moto.

—Murph, ¿dónde está el incendio? —le pregunté.

Me miró de reojo.

—Quiero que estés allí antes que los demás.

—¿La prensa? —No pude evitar decirlo con retintín.

Se encogió de hombros.

—La prensa, o cualquiera.

La miré, pero no dijo nada más. Típico. Murphy y yo ya no hablábamos mucho. Condujo el resto del camino en silencio, salimos de la JFK y dejamos el coche en el aparcamiento de un pequeño centro comercial en construcción. Salimos del coche.

Un avión sobrevoló bajo. Se dirigía al Aeropuerto Internacional O'Hare, a solo unas millas hacia el oeste. Lo miré de reojo durante un instante, después miré a Murphy y fruncí el entrecejo al ver que un agente uniformado se acercaba para llevarnos hasta un edificio acordonado por la policía. La luna plateada y casi llena lo iluminaba todo. Yo proyectaba una enorme sombra desgarbada al caminar, que destacaba al lado de la de Murphy, mucho más pequeña. El abrigo se me enredaba entre las piernas.

—Murphy, ¿no estamos fuera de los límites de Chicago? —le pregunté.

—Sí —respondió bruscamente.

—Ah. ¿Entonces no estamos técnicamente fuera de tu jurisdicción?

—La gente necesita ayuda, Dresden, venga de donde venga. Y los últimos asesinatos ocurrieron en Chicago, así que quiero echar un vistazo a esto personalmente. Ya he hablado con la policía local. No hay problema.

—¿Asesinatos? —pregunté—. ¿O sea, más de uno? Murphy, camina más despacio.

Pero no me hizo caso. Me llevó a un amplio edificio en construcción, aunque todas las obras del exterior estaban acabadas. Algunas ventanas aún estaban cubiertas con tablas. No vi el letrero en la puerta principal del edificio hasta que me acerqué y lo leí.

—¿El Varsity? Creía que Marcone lo había incendiado la pasada primavera.

—*Hum* —dijo Murphy, mirándome por encima del hombro—. Traslado y reconstrucción.

*Caballero* Johnny Marcone, señor del crimen de Chicago, era el magnate de las malas calles. Mantenía todos los negocios sucios dentro de la ciudad y dejaba sus intereses legales para los suburbios, como aquí, en Rosemont. La pasada primavera, cuando me enfrenté a él en su club, el predecesor del Varsity, a propósito de una nueva droga mortal que circulaba por las calles, el lugar había acabado totalmente incendiado.

Cuando acabó todo el lío, corrió el rumor de que el traficante que yo había eliminado era enemigo de Marcone y que me lo había cargado a

petición del señor del crimen. Nunca desmentí el rumor. Era más fácil dejar hablar a la gente que obligar a Marcone a desmentirlo.

El suelo del interior del edificio estaba sin pulir. Alguien había encendido un par de lámparas de trabajo halógenas que daban una luz muy blanca y brillante. Había polvo de pladur por todas partes y varias mesas plegables con las herramientas de los obreros desperdigadas por encima. A un lado, cubos de pintura, trapos y una bolsa de pinceles nuevos esperando a que alguien los usase. No vi la sangre hasta que Murphy me puso el brazo delante para impedir que la pisara.

—Despierta, Dresden —dijo con brusquedad. Me detuve y bajé la vista. Sangre. Mucha sangre. Comenzaba cerca de mis pies, donde una larga salpicadura se extendía como el brazo de un hombre que se está ahogando y manchaba el suelo polvoriento de rojo escarlata. Seguí con los ojos el reguero de aquella larga mancha hasta un charco de unos veinte milímetros de profundidad, que rodeaba a un montón de jirones y carne despedazada que debía ser el cadáver.

Se me encogió el estómago y amenazó con vomitar los trozos de bistec que había cenado aquella noche, pero lo contuve. Rodeé el cadáver manteniendo la distancia. Era un varón de unos treinta años, grande, con el pelo muy corto y de punta. Había caído de lado y me daba la espalda. Tenía los brazos doblados hacia la cabeza y las piernas en posición fetal. Había un arma, una pistola automática pequeña, a unos dos o tres metros de la víctima, fuera de su alcance, por desgracia.

Rodeé el cadáver para verle la cara.

Estaba claro que lo que le había matado no era humano. Le habían arrancado la cara y los labios. Vi sus dientes manchados de sangre. Tenía la nariz despedazada, y una parte le había quedado colgando. Parecía como si le hubiesen presionado las sienes con fuerza para deformarle el cráneo.

Le habían arrancado los ojos de un mordisco. Los bordes de las órbitas mostraban las marcas irregulares de unos colmillos.

Cerré los ojos. Respiré hondo. Otra vez. Una tercera vez. Aquello no ayudaba. El cuerpo despedía un nauseabundo olor a cloaca que salía de las tripas que le habían arrancado. El estómago estuvo a punto de salirseme por la boca.

Podía recordar los otros detalles, incluso con los ojos cerrados, y catalogarlos ordenadamente como referencia futura. Habían despedazado la chaqueta y la camisa de la víctima y solo le quedaban unos jirones

sangrientos en los antebrazos, que estaban en posición defensiva. Las manos y los brazos eran un amasijo de carne, y le habían cortado los dedos a trozos. Como estaba acurrucado no podía verle el abdomen, de donde salía la sangre que se extendía como la tinta derramada de una botella. El hedor confirmaba que le habían arrancado las vísceras.

Me alejé del cuerpo, abrí los ojos y miré fijamente al suelo.

—¿Harry? —dijo Murphy desde el otro extremo de los despojos. La dureza con que me había hablado durante toda la noche había desaparecido. No se había movido durante mi rápido examen de los restos.

—Lo reconozco —dije—. O eso creo. Tendrás que comprobar las muestras dentales, para asegurarnos.

El tono de su voz delataba sorpresa.

—¿Ah, sí? ¿Quién era?

—No sé su nombre. Siempre le llamaba Spike. Por el corte de pelo. Era uno de los guardaespaldas de Johnny Marcone.

Murphy guardó silencio durante un instante y después se limitó a decir:

—¡Mierda!

—¿Qué, Murphy? —me giré hacia ella, evitando mirar los restos mutilados de Spike.

El rostro de Murphy denotaba preocupación por mí, y sus ojos azules me miraban con dulzura. Borró aquella expresión tan rápido como una sombra que hubiese cruzado la habitación, suavizando las líneas de su rostro para que pareciese impasible. Supongo que la había pillado desprevenida.

—Echa otro vistazo. Después hablaremos —dijo.

—¿Qué busco? —le pregunté.

—Lo sabrás —respondió. Después añadió en un susurro que seguramente no quería que oyese—: Eso espero.

Regresé a mi trabajo, y examiné toda la habitación. A un lado, una de las ventanas estaba rota. Cerca había una mesa derrumbada, con las patas torcidas y dobladas. Me acerqué.

El suelo alrededor de la mesa estaba cubierto de cristales rotos, así que el agresor debía de haber entrado por la ventana. Había sangre en varios de los trozos de cristal. Cogí uno de los más grandes y lo examiné. La sangre era de un rojo oscuro y aún no estaba seca. Me saqué un pañuelo blanco del bolsillo, envolví el trozo de cristal y después me lo guardé en el bolsillo del abrigo.

Me levanté y, comencé a pasearme por la habitación rastreando con los ojos en suelo. Una parte del suelo estaba prácticamente limpia, como si hubiera habido una pelea sin verter una sola gota de sangre. En otra parte, donde no llegaba la luz de las lámparas halógenas, la luz plateada de la luna iluminaba el suelo bajo una ventana. Me arrodillé.

En medio había la huella de una pata, casi tan grande como la palma de mi mano. Canina. Los puntos de los extremos indicaban unas uñas duras, casi garras.

Miré por la ventana la forma redonda de la luna casi llena.

—¡Dios Santo! —musité—. ¡Dios Santo!

Murphy se acercó y me miró en silencio durante un momento, esperando. Me mordí los labios, me levanté y me di la vuelta.

—Tienes problemas.

—No me digas. Explícate, Dresden.

Asentí con la cabeza y luego señalé la ventana.

—Probablemente el agresor entró por aquí. Siguió a la víctima, lo atacó, le quitó la pistola y lo mató. La sangre de la ventana es del agresor. Lucharon durante un rato, allí, en ese trozo limpio, quizá, y Spike intentó llegar hasta la puerta. No lo consiguió. Lo despedazaron.

Me acerqué a Murphy y la miré con solemnidad.

—Ya has tenido otros asesinatos similares. Probablemente hace unas cuatro semanas, durante la última luna llena. Son los asesinatos de los que hablabas.

Murphy me miró un instante a la cara, pero sin mirarme a los ojos, y asintió.

—Sí. Hace casi cuatro semanas. Pero nadie más se percató del detalle de la luna llena. Solo yo.

—Ajá. Entonces también deberías ver esto —dije. La llevé a la ventana y le enseñé la huella de la pata en el polvo. La miró en silencio.

—Harry —dijo al cabo de un minuto—. ¿Existen los hombres lobo?

Se apartó un mechón de cabello de la mejilla, un pequeño gesto extrañamente vulnerable. Cruzó los brazos, como si tuviese frío.

Asentí con la cabeza.

—Sí. No como en las películas, pero sí. Supongo que eso es lo que tienes aquí.

Dio un profundo suspiro.

—Vale. De acuerdo. ¿Qué puedes decirme? ¿Qué necesito saber?

Abrí la boca para hablar, pero no tuve ocasión de decir nada. Fuera alguien gritó brevemente, después la puerta principal del edificio se abrió de golpe. Murphy se puso tensa e hizo una pequeña mueca de disgusto con la boca. Enderezó la espalda, dejó de abrazarse y puso los brazos en jarras.

—Maldita sea —dijo—. ¿Cómo es posible que esos gilipollas lleguen tan rápido a todas partes?

Di un paso adelante para ver mejor. Entraron cuatro personas trajeadas, desplegadas en una formación de diamante casi militar. El hombre que iba delante era muy alto, aunque no tanto como yo. Debía de medir alrededor de un metro ochenta. Tenía el pelo y las cejas negro azabache, y los ojos grises como el humo. Llevaba un traje azul oscuro que le quedaba bien y que escondía una complexión atlética, a pesar de que, sin duda, pasaba de los cuarenta. Una placa que ponía FBI en letras enormes y odiosas le colgaba de la solapa.

—Proteged la zona —ordenó con voz tensa y profunda—. Teniente Murphy, ¿qué diablos está usted haciendo en la escena de un crimen fuera de su jurisdicción?

—Yo también me alegro de verle, agente Denton —dijo Murphy con voz monótona—. Qué rápido ha llegado.

—Le dije que no la quería en esta investigación —respondió Denton en tono seco. Sus ojos grises brillaban, y una vena de la frente le palpitaba rítmicamente. Entonces me miró—. ¿Quién es ese?

—Har... —comencé a decir, pero Murphy soltó un gruñido que me interrumpió.

—Nadie —respondió ella. Me dirigió una mirada de reprobación para que me callara. Eso me sacó de quicio.

—Harry Dresden —dije, alto y claro. Murphy y yo intercambiamos una mirada.

—¡Ah! —dijo Denton—. El embaucador. He leído sobre usted en el *Tribune*. —Dirigió una mirada clara y tensa a Murphy—. Usted y su amigo vidente harían bien en marcharse. La policía está trabajando. Me refiero a trabajo serio. Ya sabe, huellas dactilares, fibras, pruebas de ADN... tonterías por el estilo.

Murphy y yo entrecerramos los ojos, pero Denton no pareció inmutarse. Murphy y Denton se aguantaron la mirada durante un instante, la furia de ella contra la intensidad de acero de él.

—¡Agente Benn! —gritó Denton.



Una agente que estaba absorta contemplando el cadáver se dio la vuelta. No pasaba de los treinta años, tenía una media melena prematuramente cana, la piel verde oliva, los ojos verdes, la mirada profunda y los labios finos. Se dirigió hacia nosotros con una sensualidad algo masculina, moviéndose como alguien que es capaz de ser rápido y peligroso cuando es necesario. De los cuatro agentes del FBI que habían entrado en la habitación, ella era la única que ostentaba un arma. Llevaba la chaqueta desabrochada, y le vi las correas de la funda contra la piel blanca.

—Sí, señor —respondió Benn. Hablaba en voz muy baja. Su mirada se fijó en algún punto entre Murphy y yo, de forma que no miraba a ninguno pero nos miraba a ambos.

—Por favor, saque a estos dos civiles —Denton recalcó la palabra— de la escena del crimen.

Benn asintió con la cabeza, pero no respondió. Se limitó a esperar. Me preparé para irme, pero me detuve. Murphy plantó firmemente los pies en el suelo y bajó los brazos con aire indiferente. Reconocí el gesto testarudo de su mandíbula. Tenía la misma cara que cuando iba perdiendo en uno de sus torneos de artes marciales. Lista para la lucha. Maldita sea. Debía calmarla o no conseguiríamos nada.

—Murphy —dije en voz baja—. ¿Podemos hablar fuera?

—Y un cuerno —contestó Murphy—. Quienquiera que sea el asesino, se ha cargado a media docena de personas en el último mes. Estoy aquí para atrapar a ese hombre. El departamento de Rosemont me ha dado su autorización.

Murphy miró fijamente a Benn. La agente del FBI era mucho más grande y fuerte que ella. Benn entrecerró los ojos y tensó aún más los hombros.

—¿La tiene por escrito? —preguntó Denton. La vena de la frente le palpitó con más fuerza—. ¿O quiere que informe de esto a sus superiores, teniente?

—No me presione, Denton —dijo Murphy con vehemencia. Me estremecí.

—Oye, Murphy —dije. Le puse una mano en el hombro—. Salgamos un momento.

Murphy se dio la vuelta, me miró brevemente y después se relajó un poco, ligeramente indecisa. Comenzó a calmarse, y suspiré aliviado. No quería que la cosa acabase violentamente. No conseguiríamos nada.

—Sáquelos de aquí —ordenó Denton. No me gustó nada el tono de su voz.

Benn no nos avisó. Dio un paso rápido e hizo una llave de artes marciales que yo no conocía con la intención de golpear a Murphy en la sien. Todo ocurrió muy rápido. Murphy abortó el golpe con las manos y, al girarse, la mujer de pelo cano perdió el equilibrio y se dio un fuerte golpe contra la pared.

La expresión de Benn pasó del asombro y la sorpresa a la furia en medio segundo. Se metió la mano en la chaqueta, dudó medio segundo y después sacó la pistola con la precisión de un experto, con suavidad y rapidez, pero como si no tuviese prisa. Sus ojos verdes brillaban. Me lancé contra Murphy y la tiré al suelo mientras en el interior del restaurante a medio acabar sonaba un disparo atronador. Aterrizamos en el suelo polvoriento.

—¡Benn! —gritó Denton. Se abalanzó sobre ella, sin preocuparse de la pistola, y se interpuso entre la mujer armada y nosotros. Oí que le hablaba en voz baja y apremiante.

—¡Zorra estúpida! —gritó—. ¿Qué te pasa?

Los otros dos tipos del FBI y varios agentes que estaban patrullando fuera vinieron corriendo. Murphy resopló y me dio un codazo. Yo le contesté con un gruñido y me separé de ella. Nos pusimos en pie, ilesos.

—¿Qué diablos ha ocurrido? —preguntó uno de los agentes, un hombre mayor de pelo gris un poco calvo.

Denton se giró hacia el agente con tranquilidad.

—Un fallo. Ha habido un malentendido y el arma de la agente Benn se ha disparado por accidente.

El agente se rascó la calva y miró a Murphy.

—¿Es eso cierto, teniente?

—¡Y un cuerno! —exclamé yo, y señalé a Benn con el dedo—. Esta hija de p...

Murphy me arreó un codazo en el estómago y me miró fijamente.

—Es cierto —dijo, mientras yo me frotaba el estómago—. Ha sido un accidente, tal como ha dicho el agente Denton.

La miré.

—Vamos, Murphy. Esa mujer...

—Ha tenido un accidente con su pistola —dijo Murphy con firmeza—. Podía haberle pasado a cualquiera.

Miró al agente, que parpadeó ligeramente y después se encogió de hombros. Denton se giró hacia nosotros y miró atentamente a Murphy durante un segundo. Después asintió con la cabeza.

—Roj, George. Aseguraos de que la teniente se encuentra bien y llevadla a su coche.

—Claro, claro, Phil —respondió un chaval flaco, pelirrojo y pecososo, de ojos grandes—. Eh, señor Dresden, teniente Murphy. ¿Por qué no salimos a tomar el aire? Soy Roger Harris, y este es el agente Wilson.

El otro tipo del FBI, un hombre corpulento y casi cincuentón, que se estaba quedando calvo y tenía un estómago que se le salía por el cinturón, nos hizo señas para que lo siguiéramos y se dirigió hacia la puerta. Murphy miró a Denton durante un instante, después giró los talones y se marchó tras el corpulento Wilson. Yo la seguí.

—No me lo puedo creer. ¿Estás bien? ¿Por qué demonios no les has contado lo que ha hecho esa mujer? —pregunté a Murphy en voz baja.

—Esa puta —contestó Murphy en voz bastante más alta— ha intentado pegarme un puñetazo.

—Intentó *ventilarte*, Murphy —repliqué.

Murphy refunfuñó entre dientes, pero siguió caminando. Volví a mirar la habitación y vi que la policía acordonaba el cuerpo despedazado y mutilado de Spike. Habían llegado los forenses, y el equipo estaba preparándose para examinar la habitación. Denton estaba arrodillado al lado de Benn, que tenía la cara entre las manos y aspecto de estar llorando. Denton me miró con sus ojos calculadores e inexpresivos, que me archivaron en la categoría «alto, delgado, pelo negro, ojos oscuros, rasgos aguileños, sin cicatrices visibles».

Le miré fijamente durante un minuto y tuve un presentimiento, una intuición certera. Denton escondía algo. Sabía algo y no lo decía. No me pregunten cómo lo supe, pero había algo en él, en la manera en que le palpitaban las venas de la frente, o en su cuello agarrotado, que me hizo estar seguro.

—*Ejem* —dijo Harris. Parpadeé y me volví hacia él. Abrió la puerta para Murphy y para mí, y salimos—. Deborah debería tomarse un descanso. Está muy nerviosa por lo de esos asesinatos Lobo.<sup>1</sup> No ha dormido mucho este último mes. Conocía a una de las víctimas. Ha estado muy tensa desde entonces.

---

<sup>1</sup> En castellano en el original.

—Cállate, Harris —ordenó el agente Wilson, disgustado—. Cállate. —Se volvió hacia nosotros y dijo con calma—: Lárguense. No quiero verlos en la escena de un crimen fuera de su territorio, teniente Murphy. Los de Asuntos Internos ya tienen suficiente trabajo, ¿no le parece?

Dio media vuelta y regresó al edificio. El chaval pelirrojo nos dedicó una sonrisa de disculpa, y después aceleró el paso para alcanzar al gordo agente. Se dio media vuelta y me miró con amabilidad. Después desapareció. La puerta se cerró, dejándonos fuera, lejos de la investigación y de las pruebas de la escena del crimen.

Miré al cielo, a la noche clara de luna casi llena. Hombres lobo entrando por las ventanas de restaurantes en construcción para atacar a los lacayos de un gánster. Un cadáver mutilado en medio de un suelo cubierto de sangre. Furiosos agentes del FBI sacando pistolas y disparando a matar. Un poco de kung-fu, un poco de John Wayne y algunas amenazas informales.

*Hasta el momento, pensé con los nervios crispados, solo otra noche más de trabajo.*

Tenía el estómago revuelto por lo que había visto dentro del edificio y tenso por lo que casi había ocurrido. Aún me retumbaba uno de los oídos por el disparo de la pistola. Estaba empezando a temblar, pues el efecto de la adrenalina había desaparecido y me sentía nervioso. Me metí las manos en los bolsillos del abrigo, toqué el trozo de cristal manchado de sangre que había envuelto en el pañuelo y cerré los ojos. El viento fresco me daba en la cara.

*Relájate, Harry, me dije. Tranquilo. Respira hondo. ¿Lo ves? No estás muerto. Los muertos no respiran así. No estás despedazado en el suelo, como Spike. Tampoco tienes un agujero de bala. Estás vivo, y Murphy tiene razón, y no tienes que seguir mirando a esa cara sin ojos.*

Pero seguía viendo el cuerpo descuartizado, inmóvil. Seguía oliendo el desagradable hedor de sus vísceras abiertas. Recordaba la sangre, pegada en el suelo polvoriento, coagulándose, espesa y con diminutas motas de pladur. Sentía que la bilis me subía por la garganta, e intenté no vomitar.

Quería gritar, correr, agitar los brazos y golpear algo hasta sentirme mejor. Casi podía entender la reacción de la agente Benn si había estado trabajando en una serie de asesinatos como el que acababa de ver. No puedes mirar tanta sangre durante mucho tiempo sin comenzar a ver más por todas partes.

Seguí inspirando y espirando profundamente. El viento que me daba en la cara era frío, penetrante, traía consigo los olores del otoño. Las tardes de octubre en Chicago son frías y ventosas, pero me encantan. Es

mi época del año preferida para estar fuera. Por fin me calmé. Seguro que Murphy había estado haciendo lo mismo a mi lado, intentando relajarse. Empezamos a caminar hacia el coche al mismo tiempo; entre nosotros sobraban las palabras.

—Yo... —empezó a decir Murphy, y volvió a callarse. No la miré, no hablé—. Lo siento, Harry, perdí el control. El agente Denton es un gilipollas, pero estaba haciendo su trabajo, y tenía razón. Técnicamente hablando, yo no tenía derecho a estar allí. No tenía intención de meterte en todo esto.

Abrió las puertas del coche y entró. Me senté en el lado del copiloto, después alargué el brazo y le quité las llaves de la mano cuando estaba a punto de arrancar. Giró bruscamente la cabeza y entrecerró los ojos.

Cerré las manos.

—Siéntate un momento y relájate, Murph. Tenemos que hablar.

—Creo que no es una buena idea, Harry —dijo.

—¿Así me agradeces que te salvara la vida? Ya van dos. No irás a negarte.

—Así son las cosas —replicó frunciendo el ceño. Pero se reclinó en el asiento y miró por el parabrisas. Vimos a la policía, a los forenses y los trajes del FBI entrando y saliendo del edificio. Guardamos silencio durante un buen rato.

Lo curioso es que el origen de los problemas entre Murphy y yo era el mismo que lo que había sucedido con Kim Delaney aquella misma noche. La pasada primavera, Murphy había necesitado información para llevar a cabo una investigación. Podría habérsela dado, pero la habría puesto en peligro. No había querido decirle nada, y cuando yo mismo seguí la pista hasta el final, la cosa acabó en unos edificios incendiados y un par de cadáveres. No había pruebas suficientes para acusarme, y además atraparon al asesino que buscábamos. Pero en realidad Murphy no me había perdonado por haberla apartado del asunto.

Durante los meses siguientes me llamó varias veces y yo hice mi trabajo lo mejor que pude. Pero nuestra relación profesional se había enfriado. Quizá era el momento de intentar un acercamiento.

—Mira, Murph —dije—. Nunca hemos hablado de lo que sucedió la primavera pasada.

—Si no hablamos entonces —dijo, con un tono de voz seco como las hojas de otoño—, ¿por qué deberíamos hacerlo ahora? Sucedió la primavera pasada. Estamos en octubre.

—Dame una oportunidad, Murphy. Quería contarte más, pero no pude.

—Deja que lo adivine. ¿Te comió la lengua el gato? —preguntó con dulzura.

—Sabes que yo no era uno de los chicos malos. Por el amor de Dios, arriesgué mi vida para salvarte.

Murphy sacudió la cabeza y miró hacia delante.

—Esa no es la cuestión.

—¿Ah, no? ¿Entonces cuál es la cuestión?

—La cuestión es, Dresden, que me mentiste. Te negaste a darme la información que necesitaba para hacer mi trabajo. Si te meto en una de mis investigaciones es porque confío en ti. No voy por ahí confiando en la gente. Nunca lo he hecho. —Agarró el volante y sus nudillos emblanquecieron—. Ahora mucho menos.

Me estremecí. Aquello me había herido. Y lo que es peor, ella tenía razón.

—Algunas de las cosas que sabía... eran peligrosas, Murphy. Podrían haberte matado.

Sus ojos azules me lanzaron una mirada que me hizo retroceder hasta apoyarme en la puerta del coche.

—No soy tu hija, Dresden —dijo en voz baja y tranquila—. No soy una muñeca de porcelana en una vitrina. Soy policía. Atrapo a los malos y los meto entre rejas, y si es necesario, dejo que me metan una bala, para evitar que se la metan a un contable o a una pobre ama de casa. —Se sacó la pistola de la funda que llevaba en el hombro, comprobó la munición y el seguro y volvió a ponérsela—. No necesito que me protejas.

—Espera, Murphy —dije precipitadamente—. No lo hice para fastidiarte. Soy tu amigo, siempre lo he sido.

Apartó su mirada de mí cuando un agente pasó al lado del coche con una linterna, alumbrando el suelo en busca de pruebas.

—Eras mi amigo, Dresden. Ahora... —Murphy sacudió la cabeza y apretó la mandíbula—. Ahora no lo sé.

No podía decir gran cosa. Pero no podía dejarlo así. A pesar del tiempo que había transcurrido, no había intentando ponerme en su piel. Murphy no era maga. Apenas conocía el mundo de lo sobrenatural, el mundo que la gran religión de la ciencia había querido desterrar desde el Renacimiento. No podía defenderse de las cosas que había encontrado,

no tenía ningún arma aparte de lo que yo pudiera enseñarle. Y, la pasada primavera, yo le había quitado aquella arma y la había dejado indefensa. Tenía que haber sido horrible para Murphy enfrentarse cada día a cosas que no tenían sentido, a cosas que no entendían ni los forenses.

Eso es lo que hacían en Investigaciones Especiales. Era el equipo especialmente nombrado por el alcalde de Chicago para investigar todos los «crímenes inusuales» que ocurrían en la ciudad. La opinión pública, la Iglesia y los políticos desaprobaban cualquier referencia a la magia, a lo sobrenatural, a los vampiros o a los magos; pero las criaturas del mundo espiritual seguían acechando: trols asaltantes, hadas que secuestraban niños, fantasmas, espectros y hombres del saco de todo tipo. Seguían aterrorizando e hiriendo a las personas, y los datos que había reunido indicaban que las cosas estaban empeorando. Alguien tenía que intentar detenerlo. En Chicago y en cualquier sitio del área metropolitana, esa persona era Karrin Murphy y su equipo de IE.

Había durado en el cargo más que ninguno de sus muchos predecesores porque estaba abierta a la idea de una realidad distinta. Porque usaba los servicios del único mago del país en activo.

No sabía qué decir, así que mi boca empezó a hablar sola.

—Lo siento, Karrin.

Guardamos silencio durante mucho, mucho rato.

Tembló ligeramente y, por fin, sacudió la cabeza.

—De acuerdo, pero si te meto en esto, Harry, quiero que me des tu palabra. Esta vez no quiero secretos. Ni para protegerme ni para nada.

Miró por la ventana, sus rasgos se suavizaron a la luz de la luna y de las distantes farolas.

—Murphy —dije— no puedo prometértelo. ¿Cómo puedes pedirme que...?

La rabia iluminó su rostro y me agarró la mano. Le hizo algo a uno de mis dedos y el dolor me subió por el brazo; sacudí la mano en un acto reflejo, soltando las llaves. Las cogió y las puso en el contacto.

Me estremecí y sacudí mis doloridos dedos durante un momento. Después le cubrí la mano con la mía.

—Vale —dije—. De acuerdo. Te lo prometo. No más secretos.

Me miró a los ojos un instante y después apartó la vista. Arrancó el coche y salió del aparcamiento.



—Vale, te lo contaré. Te lo contaré porque necesito toda la ayuda que puedas darme. Porque si no atrapamos a esa cosa, a ese hombre lobo, este mes vamos a tener otro montón de cadáveres en nuestras manos. Y porque —suspiró— si no lo hacemos, voy a perder mi empleo. Y seguramente tú acabarás en prisión.